

CANTATA DE LOS JUGOS VILACHÍ

FELIPE ANGEL

A Yiya, Elma Miryam Molina,
ante cuyo jugo de curaba en leche
incluso a la maledicencia vi claudicar

¿Cómo como? Como como como.

Retruécano caleño

¿Cómo reparar, comadre Yiya, los puentes identitarios que conducen a los quehaceres cotidianos que hace siglos se hicieron día entre aquellos que, antes del desenfreno de la vileza, aquí moraron lógicas para limpiar habitación y corporalidad, para cocinar, para vestir o para unirse a la tranquilidad del momento en el vaivén de la hamaca ritmado por la respiración del entorno? Es factible, pues, entre territorio y morar humano a dúo posibilitar lo feliz de lo logrado. La mayor parte de la felicidad procurada por lo logrado consiste en su permanencia, como quien se distancia de la sensación de que esto tan bueno pronto acabará.

Fijate vos, comadre Yiya, que lo que va de Terrón Colorado a La Ermita, o sea entre el piedemonte de los Farallones de Cali y el centro urbano, en ese trayecto de unos tres kilómetros a lado y lado del Río Cali y colgando encima del agua los españoles encontraron guaduas cantarinas, flautas de seis metros no tocadas por humana mano sino interpretadas por el viejo ventarrón de las mismas cuatro de la tarde al entrar al hueco maderamen por orificios de diámetros y alturas diferentes; una a una guaduas y orificios uno a uno calculadamente situados para a la cantata dar tono y pausa. Cada Luna llena cambiaban las guaduas de lugar y de cantar. Repetían cada tanto las ancestrales melodías de la caleñidad. En ocasiones la fiesta o la ceremonia severa del rito con la música sensibilizaban ánimo íntimo y mutuo regocijo. La

ciudad, en aquel entonces llamada Vilachí, cantaba la apología de sus lógicas territoriales. Ante tal ópera del viento, del río y del humano en el ritmar unidos, resulta de menor cuantía lo que aquí planteo.

Pero claro, comadre Yiya, de menor cuantía es, cómo no, yo mismo te lo advertí al igual que vos me explicaste que dar un paso, uno no más, uno solito, es mucha gracia en estos asuntos de zambullirse por los siglos para construir puentes identitarios entre nosotros y los que antes vivieron aquí; puentes identitarios no de cuaderno y bostezo sino insertos con sabrosura en lo que a diario repetimos; cocinar, asearnos, trabajar, vestirnos, dormir, etc.

Hace más de treinta años memoricé una frase de uno de los cronistas de Indias. Los recodos, la despierta vida que vuelve interesante el permanente presente, treinta años, tanta cosa y lo escaso de mi seso, recortaron eso que a mis veinte prevé recordar de por vida; el cronista no volvió a mí, la frase sí: Se alimentan con sopas frías de frutas, legumbres y judías. Con intencionalidad metódica durante dos semanas busqué la cita en el año 2008; como no funcionó decidí entregar tal misión al desgaire del azar y tampoco. Así que cita no es; más bien me la atribuyo como cuando Hegel exclamó: Ah, usted dice que esa idea es mía; cuánto le agradezco pero es de un amigo que no

me conoce. Le criticaban que la única cita de la *Fenomenología del Espíritu*, extractada de *El Sobrino de Rameau*, modificaba no el espíritu de la letra ni tampoco el fuero sintáctico sino fraseo y sinónimo. De pasada aprovecho para negar la versión que narra centenarios susurros de divinidades dispersas a las cinco y cinco de la tarde y de la noche a las diez y diez. Nada de eso; esta vaina se me ocurrió a mí solito.

Hace una semana mi cuñada, más caleña que cualquiera aunque la burocracia insiste en que es ciudadana venezolana; mi cuñada, que esas mismas tres décadas cuido tierno y constante prodigó hacia quien esto escribe, sabia mujer que entiende las limitaciones de quienes no sabemos comprar licuadoras ni de dónde acá deviene importante usar las medias del mismo color y esas vainas, me regaló una licuadora. Cuando al otro día fui a estrenar la licuadora le pregunté: ¿vos para qué servís? Obvio, ni bobo que fuera, no esperaba respuesta pero, como al decir de Horacio Afrodita hace con los que empiezan a amarse, la frase *se abalanzó toda ella sobre mí*. Mezclo, así pues y así sea, frutas, legumbres y judías en lo que el talante peninsular llamó sopas frías. Jugos son, señor. Y de Vilachí la sazón. Díceseles, por tal razón, Jugos Vilachí.

No, mentira; todavía me queda grande el paso de agregar fríjol. En el intento de incluirlo en lo que mezclo me pregunté si el cronista refiere sopas o jugos. En Cali lo frío y la sopa no van juntos; aquí los alimentos líquidos cuando calientes sopas y cuando fríos jugos. Tampoco juntos andan jugos y caraotas, como a las judías llama mi cuñada. Anduvieron juntos, sí; juntos durante más siglos de los que separados llevan. La intuición te nutre casi lo mismo que los Jugos Vilachí; la intuición que te inclina hacia la sabiduría de los alimentos líquidos que identidad y salud en ti de nuevo juntan. Tenés razón, comadre Yiya: si le ponés hielo es el mismo *granizado* de toda la vida. Ese mismo, sí señora, el que venden en las Canchas Panamericanas. El rito ancestral se mantiene; reducido a frutas pero ahí está.

Ya al tercer día ornado con los Jugos Vilachí, Hipócrates, mis amadas lecturas de Hipócrates, revolvieron en mí las lógicas culinarias del Siglo XXI al cuestionar las viandas sólidas cuando son la mayor parte de la ingesta diaria. El estómago funciona bien cuando la identidad arraiga sus raíces en el hoy excluido saber médico de la Antigüedad avalado por las lógicas de la sabiduría alimenticia construida por quienes vivían en estas tierras hace quinientos años; sabiduría de quien oye y entiende el entorno, que se ritma suelo, agua, viento, flora y fauna. El jugo de fruta, legumbre y judía es otro paso no en el camino sino en el caminar hacia esa futura tarde de la

caleñidad cuando la guadua de nuevo su amistad con los humanos cante a las cuatro de la tarde la apología licuada por este viento y por este río.

Que al entorno del río llamado hoy Cali vuelvan las lógicas territoriales de los jugos de zanahoria y tomate con guama, madroño y maíz; los jugos de aquí, los Jugos Vilachí. La identidad alimentaria cubre tanto la seguridad alimentaria como la soberanía alimentaria. Además, sin intermediarios desde la isla de Cos nos llega hasta aquí aquella milenaria receta que firma Hipócrates en persona. Me apeno por Hipócrates, que no es amigo mío porque murió hace dos mil cuatrocientos años pero yo sí soy muy amigo de él, como Hegel de Diderot; así que, tras tan larga amistad, apenada e informada mi opinión concluye que, de haberla el ingenio griego concebido y no fue así, mi amigo Hipócrates hubiera apreciado los beneficios de la hamaca en la salud tanto como lo hizo con lo que el desdén tilda de sopas frías de frutas, legumbres y judías pero que nuestra salud entona con la alegría desplegada lulada por lulada día a día en esta Cantata de los Jugos Vilachí hecha tu desayuno, tu cena y, a veces, tu mediodía.